

Parroquia Nuestra Señora de la Merced

Pastoral Familiar

Agosto 2013

Creemos... esperamos... amamos

INTRODUCCIÓN

Hoy vamos a avanzar en nuestro camino de reflexión, siempre en el contexto del Año de la fe que estamos viviendo. Les proponemos charlar sobre nuestra vida cristiana como una vida de *fe esperanzada vivida en el amor*. La idea es ver como la fe necesita la paciencia de la esperanza y ambas son vividas de verdad cuando amamos. En lo concreto de nuestra vida cotidiana "creer" significa "esperar", y esta fe tendida en esperanza se expresa en el "amar". Creemos en el Dios de la vida, esperamos sus promesas de vida y amamos cuidando la vida que nos da.

Comencemos entonces poniéndonos en la presencia de Dios. Pongamos en sus manos los frutos del encuentro de hoy.

Importante: Cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

.....

Para comenzar nuestra reflexión, escuchemos atentamente este pasaje de la meditación del Jueves Santo. Esa noche nos decía nuestro párroco:

Hay una estrecha relación entre la fe y la esperanza, así como entre la esperanza y el amor. La esperanza es el modo como vivimos la fe, porque lo que creemos lo tenemos que esperar. Así ocurrió cuando ustedes se casaron: hicieron un acto de fe uno en la promesa de amor del otro y esperaron que esa promesa se cumpliera. La fe los abrió a la esperanza recíproca. Creyeron uno en el otro y esperaron uno del otro lo que habían creído.

En la Biblia vemos como la esperanza es una dimensión y una expresión fundamental de la fe: esperar en el Señor es creer y creer en el Señor es esperar. La fe es una síntesis de confianza y esperanza que se traducen en la actitud de abrirse a la iniciativa salvadora de Dios que se manifiesta poderosamente en el "presente" pero se mostrará de modo definitivo en el cumplimiento acabado de sus promesas al "final" de los tiempos.

La fe esperanzada de ustedes como esposos se dirige a Dios en referencia a lo que él quiere para ustedes. Crean en Dios y esperan en él. Crean y esperan en la bendición de Dios sobre los dos y sobre sus hijos. Pero ustedes son "co-protagonistas" de esa fe y esperanza. Cuando ustedes cumplen sus promesas matrimoniales pueden ver el cumplimiento de las promesas

de Dios. Creer y esperar en la felicidad que Dios les promete los involucra, los compromete a vivir amorosamente. Por eso el que cree debe esperar el cumplimiento de lo que cree, pero esto no significa aguardar de brazos cruzados y pasivamente que Dios nos haga felices, sino que implica vivir el amor para que eso suceda. Creemos, esperamos y, sobre todo amamos, para que se cumpla lo que creemos y esperamos. Dejar de amar en el fondo es una falta de fe y una claudicación de la esperanza. La mayor desesperación es dejar de amar.

PRIMER MOMENTO

A la luz de estas palabras charlemos sobre nuestra vida cristiana. Podemos ayudarnos con estas preguntas:

- Mirando nuestra vida y tanto recibido, compartamos ¿qué más espero de mi vida? ¿Cuáles son los dones y bendiciones que espero recibir de Dios en adelante?
- ¿Sé qué es lo que me quita la esperanza y me lleva a bajar los brazos? ¿Qué? Lo comparto.

Importante: en la compartida dense tiempo para que cada uno hable de sí mismo. No se interrumpen, no desmientan la experiencia del otro. No aconsejen y menos corrijan o censuren al otro. Escuchen con atención, respeto y comprensión.

Conviene ir respondiendo una pregunta por vez.

SEGUNDO MOMENTO

Escuchemos este pasaje de la carta a los Hebreos 4,18-24:

Esperando contra toda esperanza, Abraham creyó y llegó a ser padre de muchas naciones, como se le había anunciado: "Así será tu descendencia". Su fe no flaqueó, al considerar que su cuerpo estaba como muerto -era casi centenario- y que también lo estaba el seno de Sara. El no dudó de la promesa de Dios, por falta de fe, sino al contrario, fortalecido por esa fe, glorificó a Dios, plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete. Por eso, la fe le fue tenida en cuenta para su justificación. Pero cuando dice la Escritura: "Dios tuvo en cuenta su fe", no se refiere únicamente a Abraham, sino también a nosotros, que tenemos fe en aquel que resucitó a nuestro Señor Jesús.

Breve explicación del texto: Este texto de la Carta a los Hebreos nos habla del patriarca Abraham. Su matrimonio con Sara era estéril; pero él creyó en la promesa de Dios y esperó "contra toda esperanza". Así engendró a Isaac y llegó a ser padre de una inmensa descendencia. No dudó de Dios, creyó. Y por su esperanza, dio por cierta la promesa de Dios de tener una muchedumbre como herencia. Él no la vio, pero la hizo posible a causa de su fe y de su esperanza que lo conectó con una promesa que se cumpliría a lo largo de las futuras generaciones.

Esto no se refiere sólo a Abraham sino a nosotros, los cristianos. Creer en Cristo resucitado significa esperar en el triunfo de la vida al final de la historia. Esto nos compromete aquí y ahora a amar la vida y trabajar por ella, sabiendo que Dios, que resucitó a Jesús, es el garante de la vida y la hará posible con nuestra colaboración.

A la luz de este texto reflexionemos juntos:

- Creer y esperar significaron para Abraham "engendrar" y "ser fecundo", ¿estoy engendrando algo nuevo en mi vida en este momento? ¿Me siento fecundo/a a causa de mi fe y espiritualidad? ¿Qué frutos creo estar dando en esta etapa de mi vida?
- ¿Estoy trabajando y entregándome a algo cuyos resultados finales quizás yo no vea, pero espero que crezca y se consolide? ¿Qué?
- Creer, esperar y amar la vida nos lleva a cuidarla. ¿Qué personas o situaciones me siento más comprometido/a a cuidar hoy?

Aquí también conviene ir respondiendo una pregunta por vez. Todos participan libremente compartiendo sus experiencias.

CIERRE:

Para culminar nuestro encuentro, leamos el texto "**Que la primavera te encuentre sembrando**"... del libro *La sal de la tierra* de Mamerto Menapace, monje benedictino de Los Toldos, Buenos Aires.

"No tenemos en nuestras manos las soluciones para los problemas del mundo. Pero frente a los problemas del mundo, tenemos nuestras manos. Cuando el Dios de la historia venga, nos mirará las manos.

El hombre de la tierra no tiene el poder de suscitar la primavera. Pero tiene la oportunidad de comprometer sus manos con la primavera. Y es así que la primavera lo

encuentra sembrando. Pero no sembrando la primavera; sino sembrando la tierra para la primavera. Porque cada semilla, cada vida que en el tiempo de invierno se entrega a la tierra, es un regalo que se hace a la primavera. Es un comprometer las manos con la historia.

Sólo el hombre en quien el invierno no ha asesinado la esperanza, es un hombre con capacidad de sembrar. El contacto con la tierra engendra en el hombre la esperanza. Porque la tierra es fundamentalmente el ser que espera. Es profundamente intuitiva en su espera de la primavera, porque en ella anida la experiencia de los ciclos de la historia que ha ido haciendo avanzar la vida en sucesivas primaveras parciales.

El sembrador sabe que ese puñado de trigo ha avanzado hasta sus manos de primavera en primavera, de generación en generación, superando los yuyales, dejándolos atrás. Una cadena ininterrumpida de manos comprometidas ha hecho llegar hasta sus manos comprometidas, esa vida que ha de ser pan.

En este momento de salida del invierno latinoamericano es fundamental el compromiso de siembra. Lo que ahora se siembra, se hunde, se entrega, eso será lo que verdeará en la primavera que viene. Si comprometemos nuestras manos con el odio, el miedo, la violencia vengadora, el incendio de los pajonales, el pueblo nuevo sólo tendrá cenizas para alimentarse. Será una primavera de tierras arrasadas donde sólo sobrevivirán los yuyos más fuertes o las semillas invasoras de afuera.

Tenemos que comprometer nuestras manos en la siembra. Que la madrugada nos encuentre sembrando. Crear pequeños tablones sembrados con cariño, con verdad, con desinterés, jugándonos limpiamente por la luz en la penumbra del amanecer. Trabajo simple que nadie verá y que no será noticia. Porque la única noticia auténtica de la siembra la da sólo la tierra y la historia, y se llama cosecha. En las mesas se llama pan. Si en cada tablón de nuestro pueblo cuatro hombres o mujeres se comprometen en esa siembra humilde, para cuando amanezca tendremos pan para todos. Porque nuestra tierra es fértil. Tendremos paz y pan para regalar a todos los hombres del mundo que quieran habitar en nuestro suelo.

Si amamos nuestra tierra, que la mañana nos encuentre sembrando.

.....

Culminemos nuestra reunión de hoy, rezando juntos. Digamos al Señor qué queremos sembrar en esta etapa de nuestra vida... Expresemos algo así como:

"Señor, yo espero en vos y por eso en esta etapa de mi vida quiero sembrar"...

Podemos cerrar la reunión, rezando un *Padrenuestro*.